

## ESCENAS POLITICAS

*El parto de los montes*

Tendré que echarle la culpa al ministro Pérez Llorca. Tanto se ha hablado y escrito estos días del interés del ministro en que este libro no se publicase, que me ha entrado el hambre gatopante de leerlo. Total, que me he bebido en una noche las cuatrocientas páginas de la biografía, o así, de Adolfo Suárez, escrita por Gregorio Morán, con el subtítulo de «Historia de una ambición». Su editor, naturalmente, es José Manuel Lara, casi el único editor español que ha sabido convertir el libro —algún libro, aunque sea éste— en una criatura de actualidad y escándalo entre españoles.

De muchacho había oído yo contar alguna maravilla acerca de libros que alguien compraba para que no los leyeran los demás. Contaban por aquellos años que don Juan March había comprado no sé cuántas ediciones íntegras de «El último pirata del Mediterráneo», libro que yo no he llegado a tener en mi biblioteca, y también contaban que los jesuitas compraban sistemáticamente todos los ejemplares que se editaban del «A. M. D. G.», de don Ramón Pérez de Ayala, aunque éste sí que logré encontrarlo. Recuerdo que fue un confesor jesuita también, quien entonces hizo los oficios que ahora ha querido hacer el ministro Pérez Llorca y pretendió arrebatarme el libro de las manos pecadoras y de los jóvenes ojos ávidos. Naturalmente, aquel riguroso padre «S. J.» no tuvo la ocurrencia de ofrecermela siquiera una milésima de lo que dicen que le han ofrecido a Gregorio Morán por su libro. Pero, ¿será verdad esa historia de los millones y de las presiones políticas para abortar este alumbramiento? En esa historia sí que podría haber un «best seller».

Si ésta es la primera bomba atómica en esa guerra de los «dossiers» que anunciaba mi amigo Pedro Rodríguez, pueden los políticos dormir tranquilos. Como ha dicho en estas mismas páginas de ABC Ricardo de la Cierva, esto es el parto de los montes. (Por cierto, que el otro día preguntaba Rodrigo Royo en una de sus crónicas qué clase de criatura sería la que nació en el parto de los montes. Pues ahí la tiene, y además en latín: «ridiculus mus».) Nos habían anunciado un monstruo y ha salido un pequeño e insignificante ratón. Si a los grandes hombres también hay que descubrirles por sus grandes pasiones, sus grandes vicios y sus grandes errores, ahí, en ese libro, don Adolfo Suárez no pasa de ser eso que dice él de sí mismo: un hombre normal. Cuando se pueda escribir la verdadera biografía de Suárez, todo lo que se lee en el libro se podrá compendiar en un par de breves capítulos. La biografía del personaje Suárez empieza casi donde el libro termina. El resto se expresa en cuatro renglones. Todo cuanto se escriba más, no es un mazazo político: es casi un falago a la vanidad.

Insinúa Ricardo de la Cierva que, al ser Gregorio Morán militante o similar del PC, el libro podría ser un primer torpedo carrillista contra Suárez. No sé, no sé. En este país, los torpedos en forma de libro no abren brechas mortales. Y en los políticos, menos. Yo no conozco a nadie que haya huido de este país perseguido por un libro, ni por un epigrama, ni por una caricatura. Todo eso viene después, para justificar la expulsión o la orden de

destierro. A los políticos no se les aplasta con su propia biografía, sino en el momento en que ya están fuera de combate. Lo normal entre nosotros es que ni las biografías descalifiquen, ni las memorias salven. A la única persona que le he oído decir —y eso, de referencias— que se irá de España si se publica un libro, o sea, las memorias de su suegro, es al marqués de Villaverde. En cambio, su suegro se quedaba tan tranquilo cuando le disparaban libros, y aguantó tan ricamente los versos de Neruda, enviándole a los infiernos, o las bromas de Picasso, que los dos fueron comunistas, pero que, indudablemente, no eran Gregorio Morán. Vamos, en este país, con un libro, no echamos ni a Santiago Carrillo. Más o menos, todos nos conocemos la biografía, y en lo más que nos equivocamos es en lo mismo que se equivoca Morán: en si Osorio es yerno de Arburúa, o de Arelliza o de Iturmendi. Pero todos sabemos que por ahí van los tiros.

Escribir en este país las supuestas miserias, las supuestas vergüenzas o los supuestos errores de un político, es como escribir las coplas de Calainos. Lo único que se consigue es que el personal le tome simpatía, si es que no se la tiene ya. En cambio, lo peor que se puede decir de alguien es, por ejemplo, que tiene dinero, porque eso ya es algo envidiable, y aquí lo que hace estragos no es el escándalo de los puritanos, sino el reconcomio de los envidiosos. A don Santiago Carrillo casi todos le hemos perdonado ya lo de Paracuellos. Se le recuerda, y él y los demás nos quedamos tan frescos. En cambio, algunos han empezado a no perdonarle que tenga un piso decorosamente habitable no sé dónde y que lleve una cartera de piel de cocodrilo.

Dicen que don Adolfo Suárez ha hablado un par de horas con su biógrafo. No debió de andar muy inspirado el señor presidente en esa conversación. De otra forma, se hubiese inventado algo para que su vida resultara más apasionante. No sé, algo a lo Kennedy con Carmencita Díez de Rivera, un Lito que tomara heroína, una cuenta en Suiza como los «grapos», un servicio de espionaje con Pinochet o una conspiración contra don Camilo. No sé, algo, aunque sólo fuese un mal examen de Derecho Político con don Enrique Tierno Galván. Pero no. Por lo visto, su gran pecado consiste en que se ha hecho una casa en Avila, o sea, en su pueblo, en cuanto ha tenido cuatro reales.

Cuenta Gregorio Morán que don Adolfo Suárez jamás ha leído un libro entero y que se salió de un palco de la ópera para ir a ver por televisión un partido de fútbol. ¡Ay!, querido e ingenuo Morán, ¿sabe usted lo que vale esa revelación en este país? Pues no menos de un millón de votos, y seguramente me quedo corto. Si en este país se puede llegar a presidente del Gobierno sin leer un libro, ¿qué pretenderá usted alcanzar con el suyo? Por cierto, que a ver si lee alguno sobre Galileo, que ni fue Copérnico ni murió a manos del Santo Oficio. Se retractó de rodillas, dijo aquello de «y, sin embargo, se mueve», y se quedó a morir en un rinconcillo cerca de Florencia. Claro que aprender eso no nos va a servir de mucho ni a usted ni a mí. Porque usted escribirá libros, se retractará de ellos, buscará verdades, encontrará mentiras; pero los políticos, «sin embargo, se mueven». — Jaime CAMPMANY.